

Tiempo e Historia

I

En el estudio de la historia, junto al interés por descubrir y analizar el pasado, se ha dado también una cierta inquietud por encontrar en él sentido y orientaciones para el futuro. Aunque los planos de la temporalidad que son, en el fondo y desde un presente, meras estructuras teóricas, simples abstracciones, se mezclan y complican, sin embargo, en esta complicación, la perspectiva del futuro, de lo porvenir, ha ejercido una función liberadora. Sin futuro, o sea, sin el horizonte de posibilidades dentro del que se realiza y determina el quehacer humano, sería imposible esa configuración de la vida que llamamos historia. La historia es, por consiguiente, función de ese horizonte de posibilidades ofrecido al hombre. Esta afirmación podría, a primera vista, contradecir la tradicional definición o idea de la historia como ciencia, estudio o consideración del pasado. Pero este pasado inerte, que el historiador visualiza con su labor investigadora, que describe para presentárnoslo tal como él lo ha visto, no sería plenamente transmitido si careciese del esquema organizador que la interpretación le presta. "La historia se hace, indudablemente, con los documentos, como el motor de explosión funciona con el carburante";¹ pero una historia de meros hechos, de simples datos, sería hoy tan incomprensible y absurda como la explotación de yacimientos petrolíferos sin la existencia de motores que alimentar.

Parece, pues, que el sentido de la historia humana no es la visión pasiva del hecho histórico, sino la actualización de ese hecho en el entramado total de sus conexiones, para atender a lo que el hombre ha expresado en él. Y esa atención es posible cuando se interpreta el transcurrir humano desde el pasado que lo proyecta, pero también desde el futuro que lo acoge y determina.

Antes, sin embargo, de aproximarnos al hecho histórico a través de su estructura temporal, y trazar algunas de las vías de acceso que mejor puedan conducirnos hasta él, conviene hacer algunas reflexiones generales en torno a este planteamiento. Estas reflexiones no pretenden exponer la cuestión, tan interesante por otra parte, de cómo han entendido su trabajo los historiadores desde Heródoto a Braudel y Lucien Febvre, p. e.; a los teóricos de la historia desde san Agustín a Toynbee o Raymond Aron, sino simplificar una serie de problemas de cuya solución podría, tal vez, salir un renovador planteamiento.

La historia, tal como ha sido entendida por gran número de historiadores, consiste, fundamentalmente, en acercar el pasado a nuestro presente. Pero esta especie de resurrección del pasado aparece llena de dificultades. ¿Qué quiere decir resucitar el pasado? ¿Cómo puede hacerse presente lo pasado, lo sumido ya

1. H.-I. MARROU, *De la connaissance historique*, París, Éd. du Seuil, 1964*, p. 69.

en el decurso irreplicable de la temporalidad? Y si por arte del historiador se llega a hacer presente otra vez lo pasado, ¿qué extraño modo de taumaturgia es éste?, ¿qué tipo de resurrección?, ¿en qué sustenta la presencia de lo pasado, la presencia de una ausencia?

La mayoría de los historiadores anteriores al siglo XIX no se plantearon estas cuestiones. Bastaba con que fuera posible narrar lo que había acontecido. Esta narración de hechos, más o menos reales, era efectivamente una resurrección; pero una resurrección, una vuelta a la existencia, muy peculiar. Lo que en realidad había existido como cultura, como política, como vida, quedaba reducido a lenguaje, que es, con todo, una forma de idealidad. Se nos *decía* cómo había sido el pasado. A través del lenguaje llegaba hasta nosotros como eco lo que había sido voz. En este lenguaje en el que el historiador resucitaba el pasado tenía lugar, además, una serie de transformaciones:

- 1) El pasado era lo que ciertos documentos o monumentos descubrían. Esos restos del pasado hablaban un determinado lenguaje que el historiador, el técnico de la interpretación histórica tenía que traducir. No era suficiente con señalarlos el monumento o el documento. Se nos tenía que indicar también la contextura real o ideológica que lo envuelve, y aquí es donde, precisamente, la historia parecía adquirir responsabilidad y dramatismo.
- 2) El pasado era lo real y lo imaginado. La falta de verdadera crítica, el bajo nivel de una conciencia medio adormilada aún, nos presentaba hechos en el mismo plano en que nos hacía ver mitos, teorías sin fundamento, etc.
- 3) El pasado era lo sido y lo querido; lo que el historiador veía o creía ver, y, además lo que quería ver. La subjetividad se proyectaba sobre la obra histórica, no con la absorbente pasividad del que *entiende*, sino con la aberrante actividad del que *quiere*.
- 4) El pasado era la mirada del historiador que seleccionaba lo que le convenía, o lo que convenía a aquel para quien trabajaba. En lenguaje más actual pero idéntico, lo que convenía a los intereses de la clase a la que pertenecía, o al grupo que, más o menos conscientemente, le presionaba.

Así encontramos una historia parcial y desgajada de la contextura total que le prestaba sentido. El hecho histórico se convierte, entonces, en un hecho anecdótico, singular, pintoresco muchas veces, irreal otras y, como dirán los historiadores posteriores, anticientífico.

Pero estas obras históricas son también ellas mismas historia. Cuando abrimos sus páginas — las páginas de Heródoto, de Eusebio de Cesarea, de Oton de Freising, de Maquiavelo y Guicciardini, de Hume, de Justus Möser etc. —, descubrimos en ellas las pretensiones, los deseos, la imagen del mundo que veían estos hombres y, en última instancia, la imagen del mundo que querían ver los hombres de su época. Ya no importa tanto la realidad de ese mundo pasado al que miraban, cuanto la luz y la sombra que proyectaban sobre él, y por qué la proyectaban.

Sin embargo, para poder aprovechar la obra de los historiadores anteriores y, en general, para que la historia llegue a ser un auténtico saber, hay que entrar en el siglo XIX, cuando surge la historia científica. La obra de Mommsen, de Ranke, de Droysen son el testimonio, entre otros, de una nueva mentalidad. Al lado, pues, de una ingente labor investigadora, estos historiadores reflexionaron con-

tinuamente sobre su propia tarea. Este nuevo nivel en los estudios históricos era fruto de un nuevo nivel en la historia misma que había hecho posible "el reconocimiento del carácter histórico de la naturaleza humana. Este carácter histórico lleva consigo la idea de que los hechos no podían entenderse sino enlazados unos con otros; y este enlace se debía precisamente a la irreversibilidad del tiempo y al carácter formador del devenir humano".²

En el momento en que los hechos históricos comenzaban a interpretarse conexivamente, surgió el problema de establecer leyes que permitieran explicar y relacionar estos hechos; comenzó a plantearse seriamente la cuestión del carácter científico de la historia. ¿Podía la historia operar con la misma seguridad que la ciencia? ¿Era el saber histórico un saber científico? Este problema largamente debatido por historiadores, filósofos y científicos es hoy un problema, en parte, sin sentido y que sólo un positivismo de corto vuelo, y la ignorancia de los auténticos temas que preocupan hoy al pensamiento, hace que aparezca todavía como tema capital en monografías y revistas, planteado de modo realmente anacrónico. Tal vez sea ésta una de las más serias dificultades en el desarrollo de la mente humana. Mientras en cada época, en cada generación, casi en cada decenio, el frente de los conocimientos alcanza unas determinadas posiciones — las únicas que permiten que el saber científico verdaderamente lo sea —, hay siempre rezagados de la inteligencia, que a gran distancia de las posiciones avanzadas, en un terreno ya conquistado y apaciguado, siguen manteniendo imaginarias y absurdas escaramuzas contra imaginarios y absurdos enemigos.

Con los comienzos de la historia científica, se planteó ya en el siglo pasado el problema de las relaciones entre historia y ciencia. Si tuviésemos que reducir a un esquema esencial los términos de esa polémica podríamos expresarlo así: la historia es un saber sobre lo individual, mientras el saber científico lo es de lo universal; la historia se centra, para ser historia, en el hecho concreto; a la ciencia no le interesa, por el contrario, el hecho concreto sino para llegar a la ley. En consecuencia, la historia no puede aspirar a situarse entre las disciplinas científicas. Desde Aristóteles se sabía y se aceptaba que la ciencia trata de lo general. La búsqueda de la ley, del comportamiento uniforme de la naturaleza y la materia, no tenía nada que ver con esta serie de hechos individuales e irrepetibles que constituían el entramado histórico. El mismo Aristóteles, en una página famosa,³ nos había dicho que la poesía es más filosófica que la historia, porque la poesía habla de lo general, la historia de lo individual.

Aparte de este supuesto carácter individual del hecho histórico, que le impedía, según la vieja definición, elevarse hasta ciencia, hay otro componente de la historia que carece, al parecer, de toda posibilidad de adecuarse a un esquema científico: la irracionalidad. La historia, debido a lo imprevisible de algunos de sus derroteros, no podía presentar para el investigador un campo de leyes o conexiones racionales como parece que lo presentaba la ciencia. Y, sin embargo, estas supuestas derivaciones irracionales, motivadas por el error, la arbitrariedad, el azar, quedaban todas absorbidas en un plano superior que, efectivamente, podía explicar esa posible teratología histórica.

Aunque esta dificultad es la más llamativa y la que se presta a hacer especulaciones de diverso orden, la más grave es, sin duda, esa otra relativa al

2. F. CHATELET, *La naissance de l'histoire. La formation de la pensée historique en Grèce*. Paris, Minuit, 1962, p. 13 ss.

3. ARISTÓTELES, *Poética*, 1451 b. 5 ss.

objeto del conocimiento y de la ciencia, y que ha recorrido la historia del pensamiento, desde los eleatas hasta Bergson y Einstein: ¿Tiene que ser inmutable, universal, el objeto del saber para que éste, verdaderamente, lo sea? Esta inmutabilidad y universalidad se refiere a aquello que es siempre idéntico a sí mismo, por no estar condicionado a las mutaciones de lo particular. Porque estas mutaciones de lo individual supondrían que el saber, en un determinado momento, es distinto del saber en un momento posterior. Por consiguiente, si la cosa sabida en el momento A es distinta de la misma cosa sabida en el momento B, quiere esto decir que nada hay de común, no sólo en la cosa sabida, sino en el saber que sobre ella se tiene. Al ser, pues, distintos estos dos "saberes", no alcanzan en ningún momento la teoría, y se mantienen en un plano inferior, de pura experiencia, sin conexión y armonía. De ahí que Platón intentase proyectar el grado supremo y verdadero del conocimiento hacia un mundo superior "ideal", que no estuviese supeditado a los cambios y alternativas de lo "real". Ahora bien, ¿no puede darse, entonces, un conocimiento con caracteres "universales" de lo que está sujeto al cambio? Estar sujeto al cambio quiere decir "ser temporal". Por supuesto que todo tipo de saber humano está, de una u otra manera, bañado en el plasma de la temporalidad; pero la cuestión es de saber abstraer de esa temporalidad aquello que es objeto de ciencia, sin perder ninguna de sus características esenciales como tal objeto. Efectivamente, cuando el físico "abstrae" de la experiencia "temporal" de un fenómeno determinadas consecuencias, no es lo importante la experiencia, sino su "abstracción". Precisamente porque esa abstracción es posible, es posible la ciencia. Ahora bien, si en esa abstracción se diluye el verdadero ser de una determinada realidad, la abstracción, como abstracción de una experiencia, es imposible. Aquí reside el problema de un tipo de saber que no puede abstraer de la realidad, porque no versa sobre la abstracción, sino sobre la realidad previa. Éste es el problema de la historia. En ella, la temporalidad no está concebida de manera metafísica, sino física. La temporalidad no es, por tanto, independiente de los fenómenos ni constituye el paisaje sobre el que éstos se proyectan, sino que es, sencillamente, la posibilidad de una constante evolución en el transcurso de la realidad. Estos fenómenos, en el caso aquí estudiado, son el hombre y sus obras, y la temporalidad referida a esto no es más que la aceptación de la realidad en su esencial mutabilidad.

II

El conocimiento del pasado

Es tradicional, como hemos visto, la definición de la historia como "conocimiento del pasado humano", o más concretamente como "el conocimiento científicamente elaborado del pasado".⁴ Esto por lo que respecta a la ciencia que, como tal, pretende estudiar el pasado. En cuanto a la "realidad" histórica, podemos provisionalmente entenderla como "una real y profunda mutación de la vida humana".⁵ Lo característico, pues, de esa temporalidad histórica radica, precisamente, en que es creadora de mutación. Ésta es la razón de que no pueda

4. H.-I. MARROU, *ob. cit.* p. 33.

Geschichte, Wahrheit, Wissenschaft, Frankfurt a

5. G. KRÜGER, *Grundfragen der Philosophie*,

M., Klostermann, 1958, p. 41.

hacerse abstracción del tiempo en la historia, ya que éste no es coordinada de la realidad, sino componente vital de ella. Pero el tiempo en la historia adquiere una concreta configuración. De la misma manera que el hombre histórico no es el hombre de la naturaleza, así tampoco el tiempo humano es el tiempo de la materia. El tiempo histórico es fundamentalmente "pasado", o sea, tiempo que se ha proyectado hacia el historiador, hacia el presente, bajo una forma de determinado relieve. El pasado no aparece ante nosotros sucediéndose sino "sucedido"; no como evolución sino "evolucionado"; no haciéndose, sino "hecho". Pero la experiencia de este pasado no se nos da en una visión total y homogénea. En ninguna parte puede el historiador tener experiencia "inmediata" del pasado, en todas sus posibles mutaciones y direcciones. El pasado histórico, al ser "pasado", no existe más que como "resto" de un presente. Este existir como "resto" significa, entre otras cosas, que el pasado tiene que ser "reconstruido" y, en consecuencia, que nuestro conocimiento de él tiene que ser un "conocimiento creador". "Conocimiento", porque la historia parte de los datos que le suministra el pasado, y sólo desde ellos y con ellos ha de ponerse en marcha; "creador", porque al presentarse el pasado bajo la forma peculiar de "resto", el conocimiento histórico tiene que procurar el ensamblaje de estos "restos" en una estructura que los armonice y dé sentido.

La presencia del pasado tiene, pues, ese carácter fragmentario e individual que le hace estar ausente y presente al mismo tiempo. Ausente, porque su experiencia no es inmediata ni total; presente, porque el hecho de que pueda tener sentido hablar del pasado requiere un cierto modo de presencia. Esta doble perspectiva se conecta necesariamente con la otra dualidad implicada por el "conocimiento creador". El "conocimiento" tiene que ver con la "ausencia" del pasado; la "creación" con su "presencia".

El pasado es, para nosotros, la posible sucesión de unos determinados hechos, a los cuales sólo podemos aproximarnos a través del conocimiento histórico. Pero este pasado existe bajo diferentes formas. En primer lugar bajo la forma de *hecho*; en segundo lugar bajo la forma de *sucesión*. Por *hecho* hay que entender tanto las obras del hombre, cuanto el hombre mismo como realidad histórica; por *sucesión*, hay que entender las mutuas conexiones a través de las cuales han tenido lugar los hechos; las bases reales sobre las que se ha construido; el sentido que han tomado en su evolución y despliegue. Ahora bien, el hecho y la sucesión que le sirven de estructura tienen distinta forma de existencia. Mientras el hecho llega hasta el presente del historiador, la sucesión no tiene otra existencia que la que el historiador, "a la vista de los hechos", le otorgue. La *sucesión* se refiere, pues, al aspecto creador de la historia; el *hecho*, a su aspecto puramente "cognoscitivo".

Parece, sin embargo, como si el *hecho* histórico, al ser presente al historiador bajo la forma de documento, monumento, etc., dejase de pertenecer al pasado para integrarse en el presente. Pero esto es sólo apariencia. Lo que es verdaderamente histórico en el *hecho*, no es su modo de presencia en el historiador —lectura de documento, contemplación del monumento—, sino su inscripción en el pasado. El hecho no comienza a ser tal en la presencia que para el historiador tiene, sino en su ausencia, o más concretamente, en su continua referencia a un tiempo pasado en el que existió y comenzó a ser tal hecho.

El *hecho* es, pues, un hecho *ido*, y su origen no está en la conciencia del historiador, sino en un mundo *actualmente* inexistente. Los *hechos históricos* son,

como hechos, íntegramente del pasado. El pasado se nos aparece, por tanto, entre sus hechos, y la dimensión de la temporalidad pasada alcanza en ellos su pervivencia. Por eso la temporalidad histórica se concreta en los hechos y éstos son los que imprimen a la historia su continuidad.

Los hechos pasados constituyen el fundamento de la historia, pero, al mismo tiempo, la presencia de los hechos para el historiador supone que, en ellos y a través de ellos, puede ampliarse la base de los conocimientos pasados y enriquecerse así la historia.⁶ El pasado no se nos da como una totalidad cerrada, a pesar de su aparente o real conclusión. La misión del historiador no consistirá únicamente en buscar el sentido de los hechos dados, sino en ampliar lo más posible el horizonte del pasado. Si, efectivamente, el pasado está concluido en el presente, de modo que es de todo punto irrepetible, nuestra experiencia de él no está nunca concluida. Precisamente porque el pasado se nos presenta fragmentaria y residualmente, puede ampliarse siempre por el campo de hechos en donde lo conocemos. Esta ampliación ha sido concebida por los historiadores positivistas como la tarea esencial del historiador.⁷ Pero no basta con la ampliación básica de los hechos, con la acumulación de hechos de la historia erudita. Si la historia es saber del pasado, esto quiere decir que el ingrediente temporal de los hechos históricos es esencial en estos hechos. O sea, no basta conocer hechos, sino que hay que conocer hechos *pasados*. El término *pasado* adquiere aquí un particular colorido. Por *pasado* hay que entender la "temporalidad" anteriormente aludida, y que constituye el hilo en el que cobran sentido y se estratifican los hechos. Sin embargo, no conviene entender esta temporalidad como producto de consideraciones abstractas y metafísicas. Por eso, la última parte de *Ser y Tiempo* de Heidegger, dedicada a estudiar la temporalidad y la historicidad, se mueve en un plano en el que se escapa la esencia de lo histórico. Heidegger, por ejemplo, nos dice, hablando de la constitución fundamental de la historicidad, que "sólo cuando en el ser del ente moran juntos la muerte, la deuda, la conciencia moral, la finitud..., puede este ente existir en el modo de destino individual, es decir, ser histórico en la raíz de su existencia".⁸ Tal vez, estos componentes que, para Heidegger, constituyen el "ser histórico", pudieran aprovecharse como coordenadas que ciñen la historicidad, pero con ellos no basta para captar su esencia. El pasado histórico está constituido por realidades, contrastes, tensiones mucho más "palpables" como diría York von Wartenburg,⁹ que la muerte, deuda y libertad heideggeriana. En última instancia, todo esto no es más que formalización insuficiente de la "materia" histórica. Pero, además, con su teoría de la muerte y el destino, el filósofo alemán pierde la historicidad del pasado, para proyectar al hombre hacia un mítico futuro, desarticulándolo de su propia historia.¹⁰ Igual que en el pensamiento mítico, la historia queda diluida en un "pasado absoluto", que no necesita explicación y en la que no puede

6. Cfr. Johann Gustav DROYSEN, *Historik, Vorlesungen über Enzyklopädie und Methodologie der Geschichte*. Ed. de R. Hübner, Darmstadt, WBG, 1958³, p. 27.

7. Véase el planteamiento que de estos problemas hace H.-I. MARROU, *ob. cit.*, pp. 51-67.

8. M. HEIDEGGER, *Ser y Tiempo*. trad. de J. Gaos, México, FCE, 1951, p. 442.

9. Graf YORK VON WARTENBURG, *Briefwechsel*, Halle, 1923, p. 61.

10. Con este problema podría conectarse el hecho de que Heidegger, a través de su teoría del "olvido del ser" pretende "reformular" (!) el pasado histórico. ¿No suena a esto su "destrucción de la ontología"? Cfr. *Sein und Zeit*, pp. 19-27.

establecerse relación alguna entre ser y devenir.¹¹ Cuando Heidegger intenta "materializar" el devenir histórico y poner en contacto al ser humano con otras fuerzas que lo configuren, nos habla de un "destino colectivo", de una "lucha", etcétera, con terminología muy alejada ya de la realidad histórica, como la historia misma iba a poner de manifiesto pocos años después. La fenomenología había abandonado, al referirse al hombre, el campo de las "cosas", para refugiarse en el campo de los "mitos".

III

La estructuración del pasado

El pasado histórico como "sucesión de hechos" se concreta en realidades mucho más elementales y, por eso mismo, mucho más profundas que "die Macht des Geschickes".¹² Para el historiador, sin embargo, esta "sucesión de hechos" se estratifica de diverso modo, en función de un principio de interés. Según esto, podríamos distinguir, en la consideración del pasado, los siguientes aspectos:

- 1) El pasado como estudio y clasificación de los hechos.
- 2) El pasado como establecimiento de las coordenadas temporales, en función de las cuales se establecen los hechos.
- 3) El pasado como coordinación de las influencias y relaciones entre los hechos.
- 4) El pasado como sedimento de las ideas y los movimientos culturales.
- 5) El pasado como verdad y como error.
- 6) El pasado como gestador del presente.

El primer aspecto tiende al descubrimiento y descripción de los hechos históricos. El conocimiento del pasado puede limitarse aquí a lo que se acostumbra llamar "historia erudita". En ella el pasado se nos presenta como un vasto campo, en el que el historiador tiene siempre que descubrir, en anchura y profundidad, nuevos horizontes y límites reales. Pero, además, ha de establecer la jerarquía de los hechos descubiertos, y esclarecer y analizar su estructura.

El segundo aspecto pretende la clasificación de los hechos en coordenadas temporales, como primer paso imprescindible para establecer sus posibles influencias y dependencias. El análisis de los hechos no es aquí tan importante como su estratificación. Con esta estratificación se estructura el armazón de la historia, de manera que el pasado se nos va presentando bajo la forma de un cuerpo homogéneo y compacto, en el que se señala la sucesión como primer e imprescindible factor de interdependencia.¹³

El tercer aspecto permite abordar ya, como consecuencia del segundo, no sólo la mera sucesión mecánica, sino el problema de la dependencia y causación de los hechos. Sin embargo, aunque el establecimiento de coordenadas cronológicas es necesario, no hay que mantenerse dentro de un rígido esquema, según el cual el *post hoc* se convirtiese en *propter hoc*. La influencia de los hechos es,

11. Cfr. Ernst CASSIRER, *Philosophie der symbolischen Formen* II, Das mythische Denken, Darmstadt, WBG, 1958, p. 131.

12. M. HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, p. 384.

13. J. G. DROYSEN, *ob. cit.*, p. 147.

con todo, mucho más complicada que el simple preceder temporal. Precisamente porque los *hechos* humanos obedecen siempre a causas determinadas, no podrían éstos entenderse, si no se intenta reconstruir sus auténticas motivaciones. La reconstrucción de estos hechos, o sea su conexión con una estructura armónica en donde adquieran sentido y justificación, corresponde al aspecto *creador* que integra el conocimiento histórico, de la misma manera que el estudio y clasificación de los hechos parece que tiene que ver con el sentido puramente *visualizador* de dicho conocimiento. Ese aspecto creador no es, sin embargo, arbitrario, porque ha de atenerse siempre al apoyo que le prestan los hechos. La "creación", en este caso, no consiste sino en una "re-creación" de aquella totalidad que constituye el pasado histórico y de la que los hechos son *restos*.

Pero la reconstrucción del pasado requiere tener en cuenta una característica de él, que nos lleva al cuarto aspecto, anteriormente apuntado: el pasado como sedimento de ideas y de movimientos culturales. Aquí, sin embargo, no se alude a obras literarias, monumentos, documentos, etc., ya que, en este caso, estaríamos moviéndonos en el campo de los hechos a que aludía en el apartado primero. Lo que interesa no son las obras, sino lo que se suele denominar "ambiente de la época" "*Zeitgeist*", en el que se concretan ideas y actitudes, pero que él no se concreta ni se expresa, total y absolutamente, en obra alguna.¹⁴ Las obras y los hombres son, más bien, expresión suya. Pero este *Zeitgeist*, no es una extraña entidad mítica e inaprensible, sino que está constituida por todo el entramado real, o sea, social, religioso, político, económico, geográfico, etc., que constituye la totalidad de la vida histórica. Los *hechos* concretos, obras, monumentos, no son más que los hitos que marcan esas profundas, dinámicas estructuras, a las que, a través de esos hitos, hay que llegar. La realidad de esos sedimentos de ideas es muy distinta de la realidad del hecho que es objeto de erudición o de descripción. Es distinta porque mientras el hecho llega *realmente* a nuestro presente, y lo podemos encontrar actuando sobre nosotros mismos — así, por ejemplo, el cuadro en el museo, el manuscrito griego, el documento histórico —,¹⁵ ese otro tipo de realidad ideal y, al mismo tiempo, sedimentada, no se presenta directamente como hecho, ni llega *realmente* hasta el historiador. Sólo a través de los hechos podemos aproximarnos a esa realidad fundadora, que no ha llegado a convertirse ella misma en hecho, y del que los hechos son, parcialmente, su expresión. La conexión de los hechos con ese amplio horizonte del que brotan, y su exacta inserción en las verdaderas motivaciones, conducen a otro aspecto en la consideración del pasado histórico: el pasado como verdad y como error.

En este nuevo aspecto conviene distinguir dos cosas: primero, la verdad o el error de la historia real; segundo, la verdad o falsedad del historiador. El problema de la verdad o el error de la historia real no es fácil de plantear. Porque ¿qué quiere decir objetivamente verdad o error histórico? ¿Se puede hablar en la historia de verdad o error, objetivamente, desde "ninguna perspectiva"? ¿Po-

14. Cfr. B. DAVAL-S. GUILLEMAIN, *Philosophie des sciences*. París, PUF, 1950, p. 33 ss., al afirmar que la idea de una ciencia de hechos es contradictoria, ya que "la historia no es una suma de hechos, sino un tejido de relaciones".

15. En este sentido sí podría ser exacta la descripción que hace HEIDEGGER, *Sein und Zeit*, p. 380 de lo histórico de un objeto que "desde

tiempo pasado" ha llegado realmente hasta nosotros. Ese objeto, a pesar de haber llegado a nosotros, es histórico y pasado, porque pertenece a un *mundo* dentro del cual funcionaba en un "plexo de útiles"; mundo que ya no es; sólo pervive de él ese objeto, como lo intramundano. La historia es, pues, esa pertenencia a un mundo sido.

demos decir que Platón, por ejemplo, erró al querer establecer en Siracusa un modelo político, o Newton en su idea del espacio absoluto, o Spengler en su concepción de las culturas? Por supuesto que aquí hay que distinguir también diversos planos, porque parece que son tres tipos de errores diferentes. El error de Platón sería de orden práctico, el de Newton de orden teórico, el de Spengler, tal vez, de orden científico.¹⁶ Pero si el primero y tercero podían haber sido considerados como errores en sus respectivas épocas, el segundo, el error de Newton, difícilmente habría sido descubierto entonces. ¿Quiere esto decir que la teoría de Newton era *verdadera* en su tiempo y ahora no? En manera alguna. Aparte de que esta cuestión tiene hoy, dentro de la más reciente filosofía del lenguaje, una clara respuesta, podría, en principio, afirmarse que todo error y toda verdad necesitan siempre una instancia superior ante la que contrastarse, y que en la época de Newton esa instancia superior era su propia teoría, que correspondía entonces con el momento más pleno en el desarrollo *sistemático y progresivo* de la Física. La vieja expresión, "esto es verdad para aquellos tiempos", no es la manifestación de un velado relativismo, sino de la conciencia del evidente progreso que, con todas las limitaciones inherentes, lleva consigo la historia. Negar esto es negar la esencia de la vida humana misma. Precisamente el error o la verdad de una época debería medirse en función de la capacidad que tenga para superar en todos los órdenes — no sólo en el técnico — a la anterior. Cuando un pueblo no acomoda su paso a este progreso, suele hablarse, entonces, de decadencia.

El caso de Platón y el de Spengler son diferentes. La instancia superior no está dada, en estos casos, sólo por la historia futura. En una misma época puede haber estratos intelectuales o culturales a distinto nivel. Incluso ideas de una época pueden haber sido *superadas* por épocas precedentes. La filosofía de la historia de Spengler no representa una superación de la de Hegel o Marx. Quizás en este caso pudiera hablarse de error y, sin embargo, ¿no tiene el supuesto error de Spengler raíces históricas y de "época" que lo justifican y sitúan en una perspectiva desde la cual podemos entender mejor el pasado? ¿Es que son verdaderas las tesis de Spengler? Ninguna instancia superior puede hacer que aparezcan como verdaderas, pero, a pesar de todo, se expresa en ellas ese sedimento de ideas, anteriormente aludido, que nunca llega a ser *hecho*, y que tantas veces condiciona la vida histórica. ¿Qué duda cabe también de que la Atenas de Pericles habría sido siempre superior al reino platónico de Siracusa? Pero es evidente que el error de Platón lo era desde la Atenas de Pericles, o, tal vez, desde nuestra época; pero desde una posible historia sin instancias superiores, o sea, sin progreso, ese error platónico perdería toda su *verdad*, quizá su única verdad, cual es la de servir, en el mosaico del pasado, para captar el último y universal sentido de la historia, en la que se reabsorben todos los errores. Esto no significa que el error se identifique con la verdad, sino, sencillamente, que en el problema del error histórico hay que distinguir el aspecto subjetivo del objetivo; la vertiente de las intenciones de la vertiente de las realizaciones. Por lo que respecta al lado objetivo, al lado de las realizaciones, cualquier realidad histórica nos presenta una cara verdadera: la de su *existencia* histórica. El error es tan *históricamente* verdadero como la verdad. Lo que, sin embargo, le distingue

16. Estas clasificaciones no pretenden, en ningún momento, determinar la perspectiva concreta, que podría servir de clave, para plantear

y tratar de resolver un supuesto error histórico. Son clasificaciones muy generales, dentro de las que habría que especificar y analizar.

de ésta, es que mientras la verdad parece insertarse en un proceso armónico y global del organismo histórico, el error, por el contrario, representaría una desviación teratológica, dentro de unas posibles leyes de la lógica histórica.¹⁷ Cuáles son esas leyes dependerá, en muchos casos, de la interpretación que de ellas haga el historiador. El problema de la verdad adquiere ahora una perspectiva distinta. Ya no se trata de la verdad de la historia, de la verdad de lo sucedido, sino de la verdad del historiador, que depende, en primer lugar, del mayor o menor conocimiento que tenga de los hechos, y, en segundo lugar, de la exactitud de las conexiones que entre ellos establezca. Este doble condicionamiento lo es, precisamente, por lo que la historia tiene de "conocimiento creador". Sin el conocimiento de los hechos el historiador no puede o no debe comenzar su labor; sin una determinada actitud creadora, que conecta, armoniza, construye y orienta los hechos, el historiador no hace historia.

En un breve estudio de 1821, afirma Wilhelm von Humboldt,¹⁸ que sólo una parte de lo sucedido en la historia es visible. Lo que en la investigación aparece, está desgajado de la totalidad, a la que necesariamente habría que llegar, aunque no caiga bajo la observación inmediata. Por eso la verdad de la historia se apoya fundamentalmente en esa parte invisible que se añade a todo hecho y que tiene que poner el historiador. "Considerado desde este punto de vista, el historiador es activo y creador, no en el sentido de que saque lo que no hay, sino porque forma con sus propias fuerzas lo que no podía captar simplemente."¹⁹ La verdad histórica queda, según Humboldt, inclinada hacia el lado del historiador, que es el que tiene que "crear" la historia. Pero precisamente por ello, el historiador ha de afinar al máximo su sentido de la objetividad e imparcialidad, sobre todo al estudiar temas que se oponen a sus propias ideas personales, o, por el contrario, parezcan confirmar esas ideas. Si efectivamente, como quiere Marrou "la historia es inseparable del historiador",²⁰ esto quiere decir que por muy exactamente que se determinen los hechos, pueden siempre quedar deformados en la "conciencia" histórica, en el sujeto cognoscente.

Esta inseparabilidad del historiador y de la historia conduce a otro de los aspectos bajo el que puede aparecernos el pasado, a saber, como generador del presente. Aquí se expresa, una vez más, la continuidad de la historia. El presente en el que nos encontramos, no es más que la continuidad del pasado. Si no se quiere tomar el término "pasado", en sentido muy general y, por consiguiente, impreciso, habría que restringirlo como hace Aron: "el pasado de mi colectividad lo descubro parcialmente en mí mismo: cuando me intereso por él, no obedezco a una simple curiosidad, no busco recuerdos o imágenes; me esfuerzo por descubrir cómo mi colectividad ha venido a ser lo que es, cómo me ha hecho lo que soy".²¹ Esta mutua implicación constituye uno de los motores de la historia. Sin ella no sólo no podría haber historia, ni siquiera vida humana.²²

17. Marc BLOCH, en su *Introducción a la Historia*, México, FCE, 1952, p. 73 ss., ha puesto de relieve un tipo de error histórico, intermedio entre el objetivo y el subjetivo.

18. *Über die Aufgabe des Geschichtschreibers* (Werke in fünf Bänden, edición de Andreas Flitner y Klaus Giel, vol. I, "Schriften zur Anthropologie und Geschichte", Darmstadt, WBG, 1960, p. 585).

19. W. von HUMBOLDT, *ob. cit.*, p. 586.

20. H.-I. MARROU, *ob. cit.*, p. 51 ss.

21. Raymond ARON, *Introducción a la filosofía de la historia*. Buenos Aires, Losada 1946, p. 124.

22. Esto parece haber motivado el que Marc Bloch destacase en dos apartados de su obra "el comprender el presente por el pasado" y "el comprender el pasado por el presente" (Cfr. *Introducción a la historia*, México, FCE, 1952, pp. 34-41).

Si la historia es inseparable del historiador es porque lo que somos es, sencillamente, lo que hemos sido. Pero esto nos conduce a una nueva perspectiva.

IV

Conocimiento del presente

El conocimiento del pasado no puede ser un conocimiento desinteresado y neutro, o, como ha ocurrido a veces, romántico e idealizador. Lo más radical y original del pasado es que *nos ha traído* a este presente. "La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizá, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente".²³ Por eso no exageraba Croce cuando afirmaba que "toda historia es historia contemporánea".²⁴ Si según los más arraigados principios de metodología, hay que partir siempre de lo más conocido y claro hacia lo desconocido y confuso, parece evidente que el conocimiento del presente puede servirnos de acceso al conocimiento del pasado. Sin embargo, esto no deja de presentar ciertas dificultades, porque la perspectiva histórica, la objetividad que presta la distancia, se opone, indudablemente, a la apasionada presión que el presente ejerce sobre nosotros: ¿Cómo llegar al pasado desde el presente, cuando parece que lo más inmediato y más próximo a nosotros es, por ello, lo más impreciso? ¿Cómo conseguir claridad sobre el pasado, desde la supuesta y tantas veces sostenida incertidumbre del presente?

El conocimiento del presente implica una pregunta previa: ¿Qué entendemos por presente? Husserl afirma que "todo tiempo es percibido como un pasado que termina en un presente. Y presente es un punto límite". Efectivamente el concepto de "presente" se refiere a un tipo especial de realidad, a una realidad límite, cuya esencia es determinada por las otras dos realidades que colindan con ella: el pasado y el futuro. El presente es, pues, la terminación del pasado y el comienzo del futuro. El "ahora" del presente no podría concebirse sino como "Vergangenheitskontinuum das in Jetzt terminiert".²⁵ Esta es la razón por la cual el presente es, en cierto sentido, su pasado. En el fluir de la temporalidad, el presente puede marcarse por la incisión que en él hace el ahora. Pero esta incisión no tiene lugar más que en el flujo de la temporalidad, en el pasado del tiempo, que queda constituido como tal pasado con la incisión de ese "ahora". La fórmula de Müller-Armack expresa, traducida ya a términos históricos, esta *presencia* del pasado: "alle Geschichte vollzieht sich in der Gegenwart".²⁶ Este "cumplimiento de la historia en el presente" hace que no se pueda hablar de pasado como un concepto antagónico o, al menos, opuesto al de presente.

El presente del historiador no es el presente abstracto del "ahora", sino el largo presente de su situación histórica. ¿Qué quiere decir, entonces, conocimiento

23. Marc BLOCH, *ob. cit.*, p. 38.

24. Citado por MARROU en "Qu'est ce que l'histoire" en *L'histoire et ses méthodes*, publicado bajo la dirección de Ch. Samaran, Paris, Gallimard, 1961, p. 7.

25. E. HUSSERL, *Vorlesungen zur Phänomenologie des inneren Zeitbewusstseins*. Ed. de

M. Heidegger. Halle, Niemeyer, 1928, página 424.

26. A. MÜLLER-ARMACK, *Diagnose unserer Gegenwart*, citado por Reinhard WITTRAM, *Das Interesse an der Geschichte*. Göttingen. Vandenhoeck-Ruprecht, 1963, p. 7.

del presente? ¿Qué tipo de conocimiento del presente se exige al historiador? El viejo lema de la historia como "magistra vitae", o como "ktêma tè es aei", se encuentra continuamente confirmado a lo largo de la historiografía. Dejando a un lado los múltiples ejemplos que podrían aducirse, basta reflexionar en el hecho a que alude Wittram,²⁷ de que más de la mitad de las tesis doctorales, sobre temas históricos, que se leen en los Estados Unidos, tienen como tema la historia contemporánea. Esto quiere decir, entre otras cosas, no sólo que el conocimiento del presente es *ya* historia, o sea pasado, sino que además, todo lo históricamente alejado se hace más interesante si puede conectarse con el presente. El conocimiento del presente es, pues, el "reconocimiento" de la propia situación histórica. Este reconocimiento implica, en muchos sentidos, el reconocimiento del pasado. Efectivamente, cuando se considera a la historia como un "continuo", en el que es imposible fisura alguna, ha de afirmarse necesariamente que el presente ha sido determinado tética o antitéticamente por el pasado. Bien es verdad que la historia es el "campo de la libertad", pero esta libertad es una libertad *histórica*, que se orienta dentro de unos límites humanos, y en el humano horizonte del tiempo.

El conocimiento del presente constituye un dato más en el que captar el ritmo de la historia, y en el que descubrir las diversas soluciones en las que se anudan los hilos del pasado. Pero esto nos lleva a otro aspecto en la consideración del presente histórico, al que se refiere R. Mondolfo: "La visión que tenemos de la historia pasada debe ser realizada por nuestro espíritu presente, por nuestra interioridad viviente en su forma actual, con sus intereses y problemas propios, diferentes de los de otras épocas. En otras palabras, no la vemos objetivamente en sí misma, sino a través de nuestra subjetividad".²⁸ Esta ineludible presencia de la subjetividad, puede conducir a una falsificación del pasado por el presente, pero el que esto sea posible no significa que necesariamente tenga que darse esa falsificación. El historiador no puede por menos de historiar desde el presente, pero en él ha de practicar una "epoje", que le permita dejar entre paréntesis su propio yo.²⁹

Con todo, estas razonables opiniones de Mondolfo o de Krüger, que por cierto necesitan una revisión, dejan traslucir uno de los problemas fundamentales de la ciencia histórica y de cualquier tipo de formulación teórica: la relación de aquello que propongo como "lectura" de la realidad y la supuesta "realidad" misma. El moderno positivismo ha elaborado sobre este problema una serie de soluciones y planteamientos. Pero en el dominio de la historia, esta cuestión aparece revestida de peculiares implicaciones. Efectivamente, el conocimiento del presente en la historia quiere decir, además, que es desde el presente desde donde se proyecta nuestra visión, análisis e interpretación del pasado. Pero, por supuesto, no desde un presente abstracto, sino desde el suelo mismo de la sociedad en la que el historiador se encuentra. Entonces, ¿es posible esa "epoje" de la que habla Mondolfo? ¿Qué quiere decir que el historiador se despoja de todo aquello que puede enturbiar su visión del pasado? En un primer plano de reflexión, es claro el significado de esta pretensión de neutralidad: que el pasado llegue a nuestro presente, sin que se note la presión de ese presente, o sea, sin

27. R. WITTRAM, *ob. cit.*, p. 7 ss.

28. R. MONDOLFO, *Problemas y métodos de investigación en Historia de la Filosofía*. Buenos Aires, Eudeba, 1960², p. 94.

29. Cfr. G. KRÜGER, "Grundfragen der Philosophie", *Geschichte Wahrheit, Wissenschaft*. Frankfurt a M. Klostermann, 1958, p. 43.

que en el lenguaje del historiador se cargue de adherencias extrañas a su pura presencia de hecho pasado y, por tanto, inmodificable. Quizá, la razón última de esta presencia inmodificada bajo la que debe aparecernos la historia, sea la profunda contradicción que implica el que lo pasado — que, como tal, es algo ya acabado y, en consecuencia, inalterable — puede, absurdamente, ser modificado, confundido, desnaturalizado, en la visión, interpretación y expresión del historiador.

Pero esto nos conduce a otro nivel. Porque por muy aséptica que pueda ser, con ayuda de la tecnología histórica, nuestra operación sobre el pasado, es indudable que, a pesar de todo, sólo desde el presente es posible tender los brazos hacia él. La realidad del presente es ineludible. Aun en el caso del historiador que quiera realmente ser objetivo, semejante actitud implica ya una toma de posición. Porque hay temas sobre los que, a veces, se ve obligado el historiador, por imperativo de su entorno político, a esa profesión de objetividad. Ello supone un condicionamiento tan decisivo como el de aquel que ve unos determinados hechos históricos desde la óptica de una ideología o, en el mejor de los casos, de una simpatía. El impulso hacia esa neutralidad viene determinado, además, porque la materia que se estudia no es neutral, ya que, en el fondo se trata de un planteamiento dialéctico, de una tensión entre dos fuerzas; en definitiva, porque la historia nos trae el eco de una lucha real en la que nosotros estamos también comprometidos, aunque queramos liberarnos “científicamente” de ese compromiso. Incluso cuando las cenizas de ese fuego están completamente apagadas, al traerlas a nuestro presente — piénsese, por ejemplo, en la guerra del Peloponeso, o en la conquista de las Galias — siempre es posible tomar un partido, destacar un hecho, deshacer un lugar común, aplicar una nueva metodología. Pero en esta obligada y científica manipulación de la materia histórica, actúa ya nuestra formación, nuestra situación intelectual, la capacidad de percepción, y la limpieza de nuestra sensibilidad.

La materia histórica es materia humana. Su objetividad no se parece, en absoluto, a aquella con la que pudiera presentarse al físico el comportamiento de los electrones. La materia histórica del pasado es homogénea con la de nuestro presente, y el historiador revive la experiencia de su propio ser, de su propia sociedad, en la intensa analogía con que nos habla siempre cualquier época, cualquier suceso. Aquí reside la fuerza del presente, porque siendo, en abstracto, un punto apenas aprehensible en el discurrir de la vida y de la historia, y no pudiendo delimitarse sino entre lo sido y lo porvenir, se extiende, por ello mismo, a lo largo de nuestro tiempo humano. El presente histórico es una breve escala de conciencia e inmediatez que hace el pasado al llegar ante nosotros, y que dura todo lo que dure el tiempo necesario para absorbernos totalmente. Por eso, las experiencias del pasado son, en un sentido muy concreto, nuestras experiencias. Por eso, si conocer el pasado es siempre conocerlo desde nuestro presente, conocer el presente no es más que dejar reposar el pasado en nuestra conciencia, y verlo constituirse en el cauce de la historia que se aleja.

V

Conocimiento del futuro

Sólo porque la existencia del hombre es histórica puede darse un conocimiento del futuro. Esto no quiere decir que ese conocimiento tenga carácter de

necesidad, y que la *prognosis* histórica tenga que cumplirse en todos sus detalles, como se cumple a la perfección, en la realización del experimento, su propia teoría. Admitiendo, sin embargo, la continuidad de la historia, la íntima y profunda concatenación del devenir humano, se puede siempre predecir determinadas orientaciones e incluso soluciones en la trama histórica. En este sentido tiene razón Jaspers, al afirmar que no puede darse conciencia histórica sin, de alguna manera, conciencia de futuro.³⁰ Pero el futuro tiene que conocerse desde el presente y el pasado de la historia. No puede, por tanto, desgajarse de la historicidad, proyectarlo ante nosotros y hacer que toda la historia y, con ella, el ser del hombre, se interprete desde ese futuro. Esto es lo que convierte en pura mitología a la concepción heideggeriana de la historia. "Si el destino individual constituye la historicidad original del *ser ahí*, entonces no tiene la historia su centro de gravedad ni en lo pasado, ni en el hoy y su conexión con lo pasado, sino en el gestarse histórico propio de la existencia, el cual brota del advenir (futuro) del *ser ahí*".³¹ Es cierto que la historia se proyecta hacia el futuro, pero esta proyección es puramente formal y abstracta; lo que puede haber de concreto o material en ella, está dado por el pasado. La idea de Heidegger coincide, sólo aparentemente, con todas aquellas teorías que, desde Condorcet a Marx, conciben la historia como un progreso.³² Pero este progreso no es como en Heidegger la idealización ciega de una utopía cualquiera, sino la seguridad de que la historia, como camino del hombre, tiene que ascender siempre en una continua superación de objetivos y fines. La experiencia del pasado que la historia nos ofrece encierra, al par, la proyección hacia el futuro. Por consiguiente, cuando estudiamos el pasado histórico no podemos considerarlo como un bloque estático, sino como un continuo hacerse y constituirse. Esta constitución tiene lugar porque en lo que nosotros llamamos pasado, se dio también la triple estructura de la temporalidad. En todo hecho pasado actuó, para constituirlo, un determinado futuro, hoy pasado ya para nosotros. De ahí que el bloque, al parecer, homogéneo del pasado esté integrado por los tres momentos de la temporalidad. Cuando comenzamos a analizar el pasado bajo esta triple forma, la historia se nos hace dinámica, y este dinamismo nos lleva a comprender una serie de factores que frecuentemente han sido olvidados. Una vez más descubrimos la ineludible necesidad de actualización, de interpretación que caracteriza al auténtico historiador. Al enfrentarse con un hecho surge, inmediatamente, en el presente del historiador el plexo temporal que lo constituye. Desde el momento en que analizamos el hecho histórico, vibrando en este continuo temporal de un pasado que lo empuja y lo nutre, y un futuro que lo configura y plenifica, estamos enhebrando ese hecho en algo más que una ley científica; estamos superando el viejo tópico aristotélico de la ciencia y lo universal, para descubrir la estructura fundamental de la historia y del saber mismo.

30. Cfr. K. JASPERS, *Vom Ursprung und Ziel der Geschichte*. Frankfurt a M., Fischer, 1955, p. 137.

31. M. HEIDEGGER, *Ser y tiempo*. trad. de Gaos, México, FCE, 1951, p. . Cfr. K. LÖWITH, *Heidegger, Denker in dürftiger Zeit*. Vandenhoeck-Ruprecht, 1960², p. 54, en cuya nota 1, se refiere a la crítica de G. LUKACS en la revista *Sinn und Form*, Berlín 1949.

32. K. LÖWITH, *Mensch und Geschichte, Gesammelte Abhandlungen zur Kritik der geschichtlichen Existenz*. Stuttgart, Kohlhammer 1960, p. 157. Cfr. también del mismo autor, *Weltgeschichte und Heiligeschehen, Die Theologische Voraussetzungen der Geschichtsphilosophie*. Stuttgart, Kohlhammer, 1953, p. 15 ss.

Analizada la historia con esta nueva óptica, su campo de visión se amplía y se precisa, y los restos del pasado adquieren una significación nueva, o al menos, una significación más real. La historia es, en este caso, como la ciencia, "no un tejido de hechos, sino una suma de relaciones".

En este punto, si seguimos sosteniendo la idea de una historia como progreso, nos asalta, de nuevo, el problema de la objetividad. El historiador tiene que saber leer en el hecho histórico que actualiza en su presente las profundas corrientes que configuran el futuro, o desbrozar las sendas que quedaron abandonadas antes de caminarlas hasta el fin. El futuro es, pues, la posibilidad de continuidad, que puede ser orientada y concretada con la materia histórica más positiva y fecunda. El historiador es el vigía y alertador de ese movimiento de la historia.

A la esencia del futuro le corresponde el no poder ser experimentable y, por consiguiente, no tener base, como tal futuro, para una construcción teórica o para una interpretación. Y, sin embargo, en el conocimiento del futuro aparece un elemento esencial, que presta a todo planteamiento sobre este tema un firme punto de apoyo. El futuro no es objeto de conocimiento, sino de creación; no es una estructura de la temporalidad, que se nos acerca pasivamente, sino que es algo que se construye; no es tema de conocimiento, sino horizonte de voluntad. Pero, precisamente, en función de esa posibilidad de poder ser realizado por los hombres de un determinado presente, la historia pasada adquiere una importancia decisiva, y nuestra manera de estar instalados intelectualmente en el presente, una dramática responsabilidad.

En este momento, tal vez nos encontremos sobre un nuevo horizonte de investigación, en el que se maneja un material más rico que el de la historia de Ranke o de Michelet. Los hechos, conexivamente estudiados, aparecen insertos en diversas estructuras, algunas de las cuales fueron desconocidas hasta hace poco tiempo: la estructura psicológica, la económica, la social. La historia surge entonces como verdaderamente es, como expresión total del hombre, de todos los hombres.

En unos años trágicos de la historia europea, un gran poeta alemán,³³ señaló certeramente este nuevo horizonte:

“¿Quién edificó Tebas, la de las siete puertas?
 En los libros están escritos los nombres de los reyes.
 ¿Es que fueron ellos los que arrastraron las piedras?
 La tantas veces arrasada Babilonia,
 ¿quién la levantaba otras tantas? ¿En qué casas
 vivían los albañiles de Lima, la resplandeciente?
 ¿A dónde fue, la tarde en que se acabó la muralla china, la gente que la construyó?
 La gran Roma está llena de arcos de triunfo,
 ¿quién los erigió? ¿Sobre quién
 triunfaron los Césares? La famosa Bizancio
 ¿sólo tenía palacios para sus habitantes?...

El joven Alejandro conquistó la India.
 ¿Él solo?

33. Bertolt BRECHT, *Gesammelte Werke*, Band IX. Frankfurt a M., Suhrkamp, 1967, pp. 656-657.

César venció a los galos. Al menos tendría un cocinero a su lado.
Felipe de España, lloró cuando se hundió su flota.
¿Nadie más lloró en todo el país?
Cada página una victoria.
Pero ¿quién preparaba los banquetes?
Cada diez años un gran hombre.
Pero ¿quién pagaba los tributos?
¡Cuántas historias!
¡Cuántas preguntas!”

La historia del futuro habrá de darles respuesta.

EMILIO LLEDÓ